

entrevista a *Andréu Peix Massip* *

Andreu Peix Massip es Ingeniero Técnico Agrícola y Sociólogo que ejerce su actividad profesional en la empresa privada. Su actividad sindical la desarrolla en la Unió de Pagesos de Catalunya, formando parte de su equipo asesor técnico, y en la COAG. Ha sido, por ello, testigo preferente del proceso de génesis y desarrollo de un modelo organizativo sindical tan representativo como es el de esas asociaciones. Asimismo, desarrolla una actividad investigadora sobre el tema sindical agrario fruto de la cual son algunos trabajos publicados y algunas ponencias a diversos congresos de sociología celebrados en España.

¿Podrías exponer los rasgos más significativos del proceso de génesis de las Uniones de Agricultores y Ganaderos?

El proceso de creación de las diferentes Uniones, nacidas al calor del «Espíritu del doce de febrero», durante los años 1974 y 1975, fue diferente en las distintas regiones o nacionalidades del país. Las Uniones resultaron ser un producto directo de las llamadas «guerras» (del pimiento, del espárrago, del tomate, de la leche, del aceite, del vino, del maíz...), consecuencia de los primeros excedentes, derivados del rápido desarrollo agrario de los años setenta. Las Hermandades de Labradores y Ganaderos no supie-

(*) Entrevista realizada por Andrés Mata.
— Agricultura y Sociedad n.º 31 (abril-junio 1984).

ron dar una alternativa a los nuevos problemas creados. Las Uniones fueron realmente, pues, consecuencia del progreso técnico y de la necesidad de un diálogo renovado que el desarrollo del sector y la nueva complejidad técnico-económica requería. Las Hermandades, demasiado preocupadas en mantener sus tramas caciquiles y su control político en el campo, desaprovecharon la ocasión.

Es muy difícil encontrar un precedente de las Uniones en los sindicatos de antes de la Guerra Civil, al ser las condiciones, y el tipo de agricultores, hartamente diferentes. Al fin y al cabo, los agricultores más pequeños tuvieron que elegir, durante los años cincuenta y sesenta, el camino de la emigración, quedándose los considerados entonces más aposentados. Incluso los dirigentes de las Uniones no suelen ser los «lumpen-agricultores», hoy ya de edad muy avanzada, sino que pertenecen al sector de los más dinámicos, que en los años setenta eran jóvenes y que recibieron una formación de trabajo en común en cooperativas, sociedades recreativas o culturales, etc...

En la constitución de las Uniones de agricultores intervino también el desarrollo de los nuevos medios de comunicación, que permitieron romper el aislamiento en amplias zonas rurales. En los setenta son ya muchos los agricultores que disponen de coche (lo que no ocurría diez años antes), se mueven más, salen de sus pueblos, especialmente los más jóvenes. Muchos disponen de teléfono lo que permite fijar las convocatorias, respetando siempre las normas de seguridad al uso. Muchos agricultores están ya acostumbrados a las reuniones de noche en la cooperativa, en los centros culturales o de ocio. Asimismo los movimientos de Iglesia representaron unos centros de formación social inestimable. Nadie se extrañaba ya de que entraran o salieran jóvenes de los locales de la Iglesia, de noche, o de que la plaza del pueblo se llenara de coches venidos de lejos. Son muchos los dirigentes que han pasado por la JARC o que fundaron las Uniones, impulsados por grupos de jóvenes sacerdotes.

Nunca se valorará suficientemente, la función de formación de trabajo en común de las cooperativas, último

reducto, en muchos casos, de un mínimo funcionamiento democrático en el campo. Muchos de los dirigentes de las Uniones han aprendido la cosa pública en ellas.

En aquellos momentos la crisis económica se encontraba aún en sus inicios y en el campo —en toda la sociedad— reinaba un optimismo, por las mejoras obtenidas con las innovaciones técnicas aplicadas. El progreso técnico así alcanzado se encontraba de todos modos en un cuello de botella. Las innovaciones técnicas, finalmente son fáciles de aplicar, por lo que se adoptan rápidamente (un nuevo insecticida, un abono, el invernadero de plástico, el riego por goteo...). Pero en cambio existen unas innovaciones sociales difíciles de adoptar, que requieren unos cambios de mentalidad más profundos. Si no se realizan estas innovaciones sociales el progreso técnico queda estabilizado. Entre estas innovaciones se encuentran las cooperativas y los sindicatos que representen realmente a los agriuctores. El desarrollo de las Uniones fue pues una exigencia del progreso técnico que se quebraba si no se establecía una comunicación del poder político con los ciudadanos, que entonces no existía.

¿Cómo se puso en marcha la captación de nuevos afiliados?

El núcleo inicial impulsor de las diferentes Uniones en las distintas regiones y nacionalidades era muy heterogéneo. No se han de olvidar algunos, muy pocos, políticos militando en partidos «progresistas» (lo que equivaldría a algo así como los partidos de izquierda y los de centro o de «derecha civilizada»). La militancia política en las áreas rurales era, y es, muy baja —al igual, de todos modos, que en las zonas urbanas—. La gran mayoría no militaba en partido alguno y procedía de esta «progresia» originada como ya hemos señalado, en muchos casos, en los movimientos de Iglesia. Muchas Uniones nacieron al abrigo de la organización de la Iglesia «Cooperación para el desarrollo».

Hoy día, con democracia pero bajo una fuerte crisis

económica, sería muy difícil construir unos sindicatos como las Uniones. Hoy son muy pocos los que están dispuestos a quemar horas y litros de gasolina como se hizo antaño, hace diez años. El factor nacionalista, en las zonas más sensibles al tema, fue también básico en ellas para estructurar el sindicato. Ser nacionalista implicaba ser demócrata, cuando en el resto del país tan sólo la izquierda lo era, salvo unos muy pequeños reductos demócrata-cristianos.

En esta época de catacumbas se fueron iniciando desde la base los primeros núcleos comarca por comarca. Este surgimiento desde abajo caracterizará las Uniones y su fuerte vinculación con la realidad agraria.

De este modo, a medida que iban surgiendo dificultades en un sector productivo, se disponía ya de una estructura mínima que planteaba la acción a seguir. La rápida implantación de las Uniones se fue produciendo al calor de las acciones públicas que se iban emprendiendo. Fue sobre todo la Primera Tractorada de 1977 la que permitió ensanchar rápidamente estos primeros núcleos obteniendo así un lugar hegemónico en las zonas del país en donde predomina la explotación familiar agraria. A partir de entonces, las Uniones significaron la única fuerza «política» que realmente existía en muchos pueblos, hasta que se institucionalizó la democracia en los pueblos, con las primeras elecciones municipales (en muchos, las Uniones se presentaron en candidaturas de independientes).

Las Uniones aprovecharon unos momentos de euforia de los últimos años del franquismo y de la democracia incipiente para desarrollarse rápidamente.

Mientras tanto, desde las Hermandades los grupos afines al poder franquista se preocupaban más en mantener su situación que en canalizar los descontentos aparecidos en las «guerras» de productos. Por ello, pronto se vieron superados por unas Uniones cada vez más fuertes. Más adelante estos grupos aprovecharon las tramas que les proporcionaban sus puestos en las Hermandades, para organizar desde ellas sus sindicatos como la Confederación y sobre todo la hoy denominada UFADE, muy ligada a las

personalidades franquistas de antaño. De ahí las frecuentes discrepancias de este conglomerado.

La primera etapa de afiliación fue definitiva para la consolidación de las Uniones. Pasada la euforia, la captación de nuevos afiliados sólo se ha podido conseguir por los beneficios específicos, concretos y cercanos, que el sindicato ha ido proporcionando. Han implicado una ocasión de nuevas afiliaciones las acciones de defensa frente a expropiaciones (líneas eléctricas, conducciones, carreteras, polígonos...), por la expulsión de aparceros y, últimamente por los «peinados» fiscales. Hacienda también es un buen promotor del sindicalismo. Aparte está la extensión lógica hacia los vecinos, a partir de los servicios más comunes como la declaración de renta, el mutualismo, los seguros agrarios, y todo tipo de colaboraciones con las administraciones.

Siempre se ha hablado de la politización de las Uniones y de estar influidas por los partidos de la izquierda ¿qué opinas sobre este complejo tema?

El único partido organizado realmente en la clandestinidad en aquellos tiempos era el Partido Comunista. De ahí que militantes de este partido participaran en el inicio de las Uniones. También tuvieron un papel importante los primeros núcleos socialistas, que acabaron federándose con el PSOE. También había, hay, militantes nacionalistas y demócrata-cristianos, además de otros partidos, hoy extraparlamentarios o desaparecidos.

Algunos definen las Uniones de entonces como un movimiento, más que como un sindicato. El primer objetivo entonces era democratizar el campo. En la medida en que fue institucionalizándose la democracia, sus funciones fueron centrándose cada vez más en las estrictamente sindicales.

Evidentemente se produjeron presiones por parte de distintos partidos, para controlar las Uniones. A causa de ello, fueron formándose en ellas fuertes grupos de independientes, que son los que han dirigido las Uniones hasta hoy día.

Asimismo, las Uniones han representado una formidable cantera de políticos rurales, que han ido encuadrándose en los partidos políticos que iban consolidándose con la democracia, principalmente el PSOE y los distintos partidos nacionalistas.

Las relaciones de las Uniones con los partidos políticos nunca han sido buenas, e incluso han empeorado cuando estos han conseguido el poder político, en Madrid o en las distintas autonomías.

Ello ha sido producido principalmente por este carácter «sindicalista» de las Uniones, en el sentido de considerar obviamente la vía sindical tan importante como la vía política, en la democracia. De hecho, mientras se puede hablar de una cierta consolidación de la democracia parlamentaria delegada, a través de los partidos, no se puede decir lo mismo respecto a la democracia participativa a través de los sindicatos.

Siendo las Uniones «progresistas», el PSOE ha considerado más de una vez que las Uniones les «tocaban» a ellos. Después de algunos intentos de secesión y presiones diversas, fallidas, finalmente el PSOE ha obligado a sus militantes en las Uniones a cumplir con los estatutos del partido, que obligan a militar en la UGT. En las zonas en donde las Uniones están fuertemente enraizadas, los militantes de base del PSOE, afiliados a este sindicato unitario, han logrado que en ellas no se promuevan las UPA. Las primeras reuniones de la COAG con el nuevo gobierno socialista de Madrid fueron borrascosas. Fueron apareciendo todos los «demonios familiares» de los tiempos de la oposición. Con la primera negociación de precios con el gobierno socialista, en 1983, las Uniones rompieron dramáticamente, con acusaciones directas al Ministerio de Agricultura. Circunstancias similares se produjeron en la negociación relámpago de finales de año. Finalmente en las últimas negociaciones de principios de 1985, las aguas se han serenado, la COAG ha aceptado los precios agrarios y el PSOE ha parecido comprender el esfuerzo modernizador que están realizando las Uniones en el campo español.

En León, en los pueblos pequeños, la Unión de Campesinos Leoneses acordó con el PSOE que sus afiliados se presentarían en listas conjuntas, como independientes, en las últimas elecciones municipales. A los pocos meses de éstas, los concejales de la Unión de Campesinos elegidos, rompieron el acuerdo.

La democracia parlamentaria se ha ido consolidando, pero los partidos políticos se mantienen con una militancia reducida. Repetidamente los distintos gobiernos, centrales o autonómicos, van repitiendo que la implantación de los sindicatos agrarios es muy reducida aunque, por tratarse de un sindicato, sea mucho más extensa que la de cualquier partido.

A este bloqueo de los sindicatos agrarios, principalmente las Uniones, deben añadirse los últimos anteproyectos de Cámaras Agrarias de Galicia, Cataluña y Madrid, que pretenden mantener los residuos verticalistas en el campo, previendo todos ellos Cámaras locales, sin ningún parecido con un pretendido modelo europeo. En los pocos países en que existen Cámaras Agrarias, salvo en Turquía, no lo son a nivel municipal, sino tan sólo provincial, regional o nacional. Por descontado que en estas posiciones ha influido el no disponer de un sindicato correa-de-transmisión sumiso, por parte de los distintos partidos en el poder. Mal se podrán fortalecer de esta manera los sindicatos agrarios, montando estructuras directamente competitivas.

Además, ello significa ignorar la profunda democratización del campo que ha supuesto la labor de las Uniones, fomentando las reglas del juego democrático y formando líderes campesinos.

Cabe recordar que, paralelamente a su fuerte ideología «sindicalista», las Uniones han respetado siempre y apoyado la democracia parlamentaria por la vía del voto delegado y la competencia entre los diversos partidos políticos.

En cambio la obsoleta organización, de las continuadoras y envejecidas Hermandades de Labradores, ha servido básicamente, con ocasión de las distintas pugnas electorales, de maquinaria para la recolección del voto rural.

¿Cómo podrías definir el discurso ideológico de las Uniones?

El paso del tiempo está permitiendo ver con mayor claridad el comportamiento de las Uniones, y la ideología que de sus análisis se puede desprender.

El punto que queda más claro, debido a sus orígenes, es su ferviente defensa de la explotación familiar agraria, en oposición a los intereses de la gran explotación.

Por ello desde las Uniones se ha combatido siempre esta visión unificada del campo, por la que los agricultores tendrían unos intereses únicos, con lo que debería mantenerse un «Frente Agrario» unido para defender mejor sus intereses.

El campo español es, en cambio, muy heterogéneo y los agricultores, trabajando en sus explotaciones familiares, han sido utilizados demasiadas veces de forma paternalista, en beneficio de los grandes agricultores.

Para ello las Uniones utilizan una sólida construcción teórica acerca de los beneficios de la explotación familiar agraria, deslindándose de los paternalismos oficiales.

De ahí la posición escéptica de las Uniones en las negociaciones de precios agrarios, solicitando, a cambio, unas medidas estructurales. Ello, asimismo, ha conducido a las Uniones a presionar una política de fomento de un «empresarialismo agrario», huyendo del proteccionismo de antaño. Quizás la plataforma del vino ha sido el máximo exponente de estas posiciones liberalizadoras de las Uniones. Nos encontramos, pues, ante la contradicción de que en el campo las posiciones más «empresariales» no se encuentran en el sindicato ligado a la CEOE, la Confederación, sino en las Uniones, representantes de la pequeña y mediana empresa agraria.

Debe también subrayarse que la actuación de las Uniones ha ayudado a alejar a un sector muy importante de la sociedad de caer en la tentación del populismo reaccionario.

Ante la quema de camiones de productos hortofrutícolas en Francia, no han querido lanzar una campaña de «No compre productos franceses» al estilo de los Jóvenes Agricultores, sino que han utilizado siempre la única vía posible, la del diálogo con las organizaciones de agricultores franceses similares: FNSEA y CNJA (que han reconocido en las Uniones su principal interlocutor).

Con ocasión del fuerte aumento (un 500% en muchos casos) de una Contribución Rústica hasta entonces realmente muy baja, han presentado la alternativa de corregir un catastro, realizado en una época de privilegios a unas clases dirigentes locales.

Con el inicio de los «peinados fiscales» en el campo, la consigna ha sido siempre el pagar, y recurrir a partir de los estudios de rentabilidades de los técnicos del sindicato.

Ante el proteccionismo estéril y la subvención indiscriminada vía precios, la alternativa ha sido desarrollar la capacidad de iniciativa, vía reforma de estructuras empresariales modernas. La gran lucha de las Uniones se ha basado, pues, en eliminar el barniz de proteccionismo interesado que ha caracterizado la política agraria de los distintos gobiernos, para sustituirlo por una política agraria, con los sindicatos como principales interlocutores.

De hecho, las Uniones han significado una buena baza para la política modernizadora, tanto de UCD como del PSOE, en Madrid, o CiU en Cataluña, y PNV en Euzkadi.

A las Uniones se les han adjudicado muchas etiquetas ideológicas, pues muchos analistas se han resistido, hasta el momento, a entender el sindicalismo como un movimiento autónomo de la política de partidos, que debe interpretarse con unos esquemas diferentes. En la cuestión interviene también el hecho de que el sindicalismo se encontraba en un proceso de estructuración, y los distintos partidos querían atraerse los diferentes sindicatos, como sociedades intermedias que les dieran en el campo la base que ellos no consiguieron.

Sería arriesgado considerar la Confederación de Agricultores y Ganaderos como el sindicato correa-de-transmisión de Alianza Popular. Del mismo modo, ¿a quién deberíamos adjudicar las Uniones? Al Partido Comunista sería difícil, cuando en las zonas de agricultura familiar ha quedado reducido a unos índices de votantes mínimos. Respecto al PSOE, ya hemos tratado de las malas relaciones, que van más allá de unas riñas matrimoniales. Las Uniones son fuertemente regionalistas y nacionalistas (recuerdo que conjuntamente forman una Coordinadora, hasta el momento, y no una Confederación) pero tampoco se las puede alinear con CiU, el PNV o el PSA. Además las relaciones con las distintas administraciones autónomas en las que gobierna el PSOE, suelen ser buenas, con consejeros de agricultura salidos de sus filas.

Diversos antiguos afiliados a las Uniones, obligados a militar en las UPA-UGT por su militancia socialista, han definido las Uniones como sindicato unitario dirigido por independientes, que se enfrentan con la Administración, de ahí que dejaran su afiliación (Ver la Tierra de enero de 1985). Posiblemente ésta es la mejor definición de las Uniones. Aunque con un lenguaje radical, los agricultores de las Uniones son moderados. El realizar manifestaciones y el grito ya no son atributos de la izquierda. Los largos años de franquismo han dejado una cierta aversión a los partidos políticos. De ahí podría proceder este orgullo por mantener a toda costa la independencia del sindicato. Este independentismo ha sido además potenciado por los intentos de algunos partidos, para apropiarse las Uniones.

En un momento en que los partidos de centro y de derecha son intervencionistas en política agraria, y que al PSOE le ha correspondido realizar una política agraria liberalizadora, los términos derecha e izquierda son, además, de utilización muy delicada.

Si en el espectro político las Uniones quedan claramente situadas en posiciones más «progresistas», los restantes sindicatos surgidos del aparato franquista serán más difíciles de clasificar. ¿Quién es más de derechas, UFADE, Jóvenes Agricultores, o bien la CNAG?

Mientras en algunas zonas los Jóvenes Agricultores se pueden incluso clasificar como liberales, en otras acogen a agricultores profundamente conservadores. UFADE se podría definir como la suma de los intereses de los líderes de las antiguas Hermandades, que aportaron sus respectivas áreas de influencia a este conglomerado. La Confederación, acogiendo en un principio a grandes agricultores, ha evolucionado de posiciones más abiertas en tiempo de De la Puerta, a posiciones más conservadoras, en la medida en que ha ido cogiendo terreno a UFADE. Por descontado que desde el punto de vista de la COAG, no se puede comprender que la CNAG esté a su vez confederada con la CEOE, junto a las industrias agro-alimentarias, compañías eléctricas, constructoras de autopistas, oleoductos, etc... con las que más de una vez debería enfrentarse, por defender intereses a menudo opuestos. Posiblemente, incluso este será un caso único en Europa.

Poco a poco, las Uniones en estos diez años de existencia han ido creando una cultura agraria propia de los agricultores y ganaderos autónomos. Las diferentes circunstancias han obligado a ir definiendo unas alternativas que, junto a los distintos comportamientos, han ido creando un cuerpo de pensamiento, frente al paternalismo agrario en boga hasta el momento, y que está interviniendo en esta profunda transformación del mundo rural. Se ha ido creando así un sustrato ideológico de las explotaciones familiares, del que parten las Uniones en sus actuaciones, y que va calando en los distintos ambientes rurales.

¿Cuáles son las características más significativas de las estructuras organizativas de las Uniones?

Siguiendo sus estatutos, las Uniones se definen como sindicatos unitarios en el que caben todos los agricultores y ganaderos, sin ninguna discriminación por las ideas políticas o religiosas, ni por el hecho de ser propietarios, aparceros o arrendatarios.

Se definen como democráticos, lo que no era tan obvio en el momento de su fundación. Queda subrayado el

poder de decisión de las asambleas periódicas. A diferencia de otras organizaciones, el poder de las Permanentes suele ser limitado. Asimismo como ya se ha indicado, la independencia es defendida con furor. El control por parte de un partido conduciría a la pérdida de la unidad en las Uniones. Incluso cada Unión mantiene una autonomía, quedando la COAG con su función de coordinación. La unidad parte por lo tanto, no por la imposición, sino por la solidaridad; a fin de que todas las Uniones se sientan libres en su seno.

Queda también explicitado el que caben en las Uniones todos los agricultores y ganaderos mientras trabajen directamente en la producción agraria. Este es posiblemente el principal carácter diferenciador de las Uniones respecto a los demás sindicatos agrarios. Sólo caben en ellas los agricultores y ganaderos de la Explotación Familiar Agraria. También son aceptados agricultores a tiempo parcial.

La organización comarcal y regional queda superpuesta con la de los diferentes sectores de producción (fruta, cerdo, leche, cereales, viña, huerta...), que disponen de una organización autónoma dentro de las Uniones, para sus acciones específicas y que mantienen el diálogo con la Administración respecto a sus áreas de especialidad. La palabra que podría parecer más «izquierdosa» en los distintos estatutos es la definición de las Uniones como antimonopolistas en sus relaciones con los fabricantes de medios de producción, con las industrias agro-alimentarias y con las de servicios.

Finalmente, como ya hemos indicado, las Uniones se presentan siempre en oposición a los intereses de los grandes agricultores, por ser los que han prevalecido hasta el momento, por su enorme poder como grupo de presión económica organizado. Las Uniones rompen así la pretendida armonía del campo.

¿Puede decirse que durante el proceso de desarrollo de las Uniones se ha ido configurando un determinado tipo de dirigente sindical?

La acción de las Uniones ha significado la incorporación al mecanismo democrático de un amplio segmento rural, ya lo hemos indicado. También hemos hablado de la formidable escuela de formación de políticos que han significado las Uniones junto a las otras sociedades intermedias presentes en el mundo rural. El caudal democrático de un país, bien podría medirse por el número y el dinamismo de estas sociedades intermedias, cauce de participación de los ciudadanos en la vida democrática. No obstante, posiblemente sea la crisis económica que afecta a las diversas capas sociales la que ha congelado rápidamente el optimismo y la euforia de los primeros tiempos de la joven democracia.

Mientras hoy día cada vez es más difícil encontrar ciudadanos que quieran dedicar sus esfuerzos al bienestar común, la institucionalización democrática ha permitido la profesionalización de los políticos, representantes del pueblo.

Muchos de los líderes surgidos de las Uniones ocupan puestos relevantes en Cooperativas, Ayuntamientos y Parlamentos autónomos o Central. Para muchos, el paso por las Uniones ha significado pues, una formidable plataforma de ascensión social. Esta formación y traspaso a otros puestos significó en su día un cierto «suicidio» del sindicato que tuvo que formar una nueva generación de dirigentes. No obstante, ello ha supuesto una tupida red de sindicalistas en puestos influyentes que, desde allí, colaboran con las Uniones en los momentos de gran trascendencia. De esta forma las Uniones han quedado fuertemente enraizadas en los distintos niveles de nuestra sociedad agraria.

Debe recordarse siempre el carácter multitudinario de las Uniones, en las regiones en que están establecidas. De ahí que a veces se hable de movimiento, con todas las connotaciones sentimentales que ello implica, incluido el carisma de los dirigentes entre sus paisanos.

Son ya diez años de sindicalismo y en la medida en que los nuevos políticos han ido aprendiendo su oficio, (o han estado reconvirtiéndose de los tics autoritarios de antaño), también se han ido formado paralelamente unos cuadros agrarios democráticos. Se han aprendido los nuevos vocablos económico-técnicos al uso. Se ha podido experimentar repetidamente la eficacia real de los distintos mecanismos propuestos. Asimismo, el activismo de los dirigentes de las Uniones es muy elevado. Las reuniones de los distintos organismos decisorios, las negociaciones con las diversas instituciones, han ido seleccionando unos líderes capaces de mantener el doble diálogo ante su base agraria y con los organismos de poder político y económico.

En toda concertación, esta proximidad a los problemas de la agricultura es la que diferencia los líderes sindicales de sus interlocutores, en los altos cargos de decisión política, que suelen plantear los problemas de forma más global.

Un aspecto a tener en cuenta muy importante, es que en las Uniones no existen dirigentes liberados. Ello ha permitido mantenerles enraizados entre la realidad que les envuelve, y ha evitado el despegue propio del sindicalista alejado de su base, que busca el acuerdo a toda costa, para justificar la importancia de su función.

En cambio el número de técnicos asalariados al servicio de las diferentes Uniones es muy numeroso, tanto en las oficinas centrales de la COAG en Madrid, como sobre todo en las diferentes capitales provinciales, comarcales y locales.

Esta no liberación de dirigentes, en una gran parte, ha sido debida a este carácter asambleario de las Uniones, proveniente como ya hemos indicado, de sus orígenes como movimiento.

Los dirigentes de las Uniones son conscientes de este gran movimiento de agricultores que tienen detrás de ellos y a los que se encuentran fuertemente atados. En las negociaciones han de entenderse las posiciones de las Uniones a partir de este gran número de agricultores que agru-

pan, con alternativas lógicamente diferentes a las de los sindicatos con un número de afiliados reducido. De ahí sus posiciones de fuerza que les viene de su gran implantación. Su política de concertación ha partido siempre de este hecho. No es que los dirigentes de las Uniones sean radicales. Lo que ocurre es que la fuerza de las Uniones no ha sido siempre reconocida por los poderes políticos. El número de afiliados da confianza al líder de las Uniones, al defender sus alternativas ante sus interlocutores. Curiosamente los partidos en el poder (con el «orgullo del poder» como dice la UGT, respecto al gobierno del partido al que se encuentra vinculado), han aceptado difícilmente las propuestas del primer sindicato que significan las Uniones, en número de afiliados, y en contraposición han acusado repetida y globalmente a los sindicatos de su poca implantación.

En oposición a los dirigentes del sindicato agrario que representa a los grandes empresarios, los líderes de las Uniones habitan todos en poblaciones pequeñas, no tienen estudios superiores, trabajan directamente en su explotación agraria y se han formado «políticamente» en las filas del sindicato. Su vocabulario, sus estrategias, su modo de pensar, están marcados por estas circunstancias. Su selección y su formación sindical se ha realizado desde la base agrícola, reforzado por experiencias previas de trabajo colectivo en otras organizaciones locales.

La mejor formación y el reciclaje de estos líderes es el activismo continuo, así como la preparación y participación en mesas sectoriales, mesas de negociación, comités de gestión y planes de concertación.

Tratándose de sindicatos empresariales, los líderes se mueven continuamente en medio de cifras, planteos económicos, planes de reestructuración por grupos productivos, adaptación a las estructuras comunitarias... Al igual que los nuevos políticos de la democracia, su escuela de formación ha sido el tajo de la acción sindical.

¿Cómo se produce el proceso de toma de decisiones en las Uniones?

Hemos insistido en el aspecto de sindicato-movimiento. Por ello los órganos de poder siguen siendo prioritariamente los secretariados o consejos regionales (o nacionales, en las nacionalidades). Estos consejos formados por los representantes comarcales, se reúnen mensualmente, en una vida democrática muy activa. Las permanentes actúan realmente como poder delegado y como responsables de los distintos servicios que produce el sindicato.

Las decisiones importantes en la COAG deberán también seguir los distintos procesos de decisión por comunidades autónomas, o en las reuniones de los grupos sectoriales.

Más de uno puede considerar lento este proceso, especialmente desde los ámbitos gubernamentales, que suelen preferir un grupo dirigente en sus interlocutores, con gran autonomía de decisión.

En Madrid radica tan sólo el equipo técnico. Los dirigentes, evidentemente se encuentran donde les corresponde, en las regiones que los han elegido. El poder de decisión se encuentra básicamente en los delegados comarcales, en un modelo claramente descentralizado. De todos modos, las Permanentes de cada Unión tienen un fuerte poder, lo mismo que la de la COAG, para poder representar, sin tener que consultar en cada momento a la base los detalles de las distintas acciones a emprender. Pero luego, mensualmente, los dirigentes deberán responder de sus actuaciones, frente a los diferentes Consejos de las Uniones.

De todos modos las grandes líneas han estado ya discutidas profundamente con ocasión de las distintas asambleas y congresos de cada Unión y la COAG. Por ello, paulatinamente en sus Congresos han ido definiendo esta necesidad de autonomía de las Permanentes para, en estrecho contacto con la base, llevar a cabo el proyecto de fortalecimiento de la posición del sindicato frente a los poderes instituidos, y sobre todo, poner en funcionamiento el amplio programa de servicios a los afiliados.

¿Cómo analizas las relaciones OPAS-Administración en la dinámica de la concertación?

Los distintos grupos de presión disponen de aparatos de poder, que utilizan en su equilibrio concertado con el gobierno de turno en el poder. Como ya hemos explicado, las Uniones tuvieron que buscar su reconocimiento sacando los tractores a la carretera. A partir de la primera tractorada de 1977, entrando en cooperativas, ayuntamientos, etc... las Uniones han ido creando también su trama de poder en sus áreas de influencia. Puede decirse también que existen «caciques progresistas», en el sentido peyorativo del término.

La fuerza de sus afiliados se centra principalmente en Murcia, País Valenciano, Cataluña, Baleares, Aragón, Rioja, País Vasco, Navarra (que no está coordinada con la COAG), Asturias, Santander, Castilla y León. Y también en las distintas zonas en donde predomina la explotación familiar agraria en Andalucía, Extremadura, Castilla-La Mancha y Canarias...

Ante un Estado contemporáneo cada vez más complejo, con un poder en aumento, la función de las Sociedades Intermedias adquiere una importancia mayor, actuando de puente entre gobernantes y ciudadanos. Esta misma complejidad del Estado moderno requiere unas instituciones especializadas, los sindicatos, que traten con profundidad los temas concretos que afectan al segmento productivo que representan. Por la multiplicidad de la política económica, los gobernantes se ven obligados a buscar la colaboración de los ciudadanos agrupados en sus sociedades de grupos de interés. La política agraria se hace pues imposible sin la participación de los sindicatos agrarios, denominados ahora Organizaciones Profesionales Agrarias. Esta modernización de la agricultura que se pregona desde diversas instancias, esta democratización de las estructuras políticas hasta lo más recóndito de nuestra sociedad rural, esta europeización del país con ocasión de nuestra entrada en la CEE, no se puede hacer sin la movilización de las explotaciones familiares agrarias, segmento de la sociedad agraria que las Uniones pretenden representar.

Conscientes de la función del sindicalismo agrario, las Uniones, desde el primer momento, han pretendido participar en la elaboración de la política agraria.

Con el reconocimiento como sindicatos, en todas las «Negociaciones» de Precios las Uniones han dado siempre más importancia a las «Normas Complementarias», a título de incipiente concertación en política agraria. Por descontado que este no era el lugar para pactar la política agraria, pero no obstante, era el único mecanismo establecido de que se disponía, por lo que debía aprovecharse al máximo.

Hoy día las reuniones con las Administraciones Central o Autonómicas son constantes para temas muy diversos, y los distintos gobiernos no pueden prescindir ya de los sindicatos agrarios, para lograr un consenso mínimo en la elaboración y el desarrollo de las leyes.

Pero el único interlocutor de los sindicatos no es el gobierno (central o autonómico) y su Administración. Están también las compañías eléctricas, la Telefónica, las concesionarias de autopistas, los fabricantes de medios de producción, los gobernadores civiles, los ayuntamientos, las diputaciones...

No obstante, debido al grado de intervencionismo específico en política agraria, característico en todo el mundo occidental, el Gobierno Central y los Gobiernos Autonómicos se mantienen como los principales interlocutores de las Uniones.

De hecho esta concertación con el Estado —Central o Autonómico— es el momento básico del sindicalismo agrario. En todo acuerdo cada participante se compromete a renunciar a una parte de su poder de decisión. Este ha sido el principal escollo con los poderes establecidos, que no han querido admitir ningún menoscabo en su poder recientemente legitimado. Las tácticas han sido muy diversas; diluir los sindicatos más fuertes, tratándolos conjuntamente con los más dóciles con una representatividad muy baja, promover organizaciones interlocutoras paralelas por sectores de producción, mantener la función representati-

va de las Cámaras Agrarias (Galicia, y Cataluña, si se aprueba), residuo de las Hermandades franquistas, intervenir en los asuntos internos del sindicato par atraerlo a modo de sindicato-correa-de-transmisión...

De hecho una concertación en política agraria aún no ha sido posible entre la COAG y el gobierno de turno. A nivel autonómico el resultado ha sido muy variable según la Comunidad. En general, las relaciones con las Comunidades Autónomas con gobierno socialista, las relaciones han sido buenas, como ya se ha dicho. Muy a menudo las acciones de las Uniones que han dado mejores resultados ha sido sencillamente la acción de denuncia cuando no se cumplía lo legislado. Un aspecto en que este comportamiento ha tenido una eficacia especial, ha sido en lo relacionado con la política de ordenación del territorio. Las Uniones han significado la mejor policía urbanística para defender la agricultura en las zonas densamente pobladas.

Los distintos políticos que han tenido que concertar con las Uniones aún no han comprendido que también para ellas concertar, ya de por sí es aprobar, es limitar las acciones de demanda y que, además, las Uniones no están obligadas a concertarlo todo, en todo momento. El sindicato que se vuelve sumiso puede perder credibilidad y por lo tanto dejaría de ser un interlocutor válido. Todo gobernante ha de saber también que aparte el reconocimiento del sindicato, que implica su participación en la concertación, ha de dar alguna compensación para que las Uniones puedan presentarlas a sus bases, como contraprestación a la concertación y a los acuerdos que impliquen la aprobación a unos sacrificios.

¿Cuál es el papel que han jugado y juegan las Uniones en el medio rural?

Las Uniones, sindicatos plenamente imbricados en su sector, han representado un papel fundamental, al dar conciencia a un segmento definido de cultivadores directos de la tierra y ganaderos llevando directamente sus granjas, de su función productiva y social como grupo.

Este reencuentro de los agricultores y ganaderos como sector, ha representado el primer paso para la elaboración de un proyecto común. Con el sindicalismo de las Uniones, los agricultores y ganaderos de la explotación familiar agraria han podido llegar así a ser protagonistas de su propio futuro. Sólo de este modo se podía dejar atrás el paternalismo de una política agraria que muchos querrían hacer perdurar para mantener al Sector sumiso.

Ya hemos explicado que las Uniones fueron fruto de los grandes cambios tecnológicos producidos en el Sector. Con un fuerte espíritu de iniciativa, las Uniones están llevando a toda la geografía de la explotación familiar agraria unas alternativas empresariales y económicas. Si los años sesenta fueron los de los grandes aumentos de productividad, y los setenta los de la aparición de la crisis, los ochenta son los años de las «Normas Complementarias», del cooperativismo agrario, de la gestión y de la contabilidad de empresa, de la comercialización... para superar la estabilización de los aumentos de productividad. La expansión de las Uniones ha conllevado una fuerte responsabilidad como segmento, en el sentido de que el Sector no ha de esperar de nadie la solución de sus propios problemas. Si no son ellos mismos quienes los resuelvan, nadie vendrá de fuera para hacerlo. Del Estado no caerá el maná como se esperaba antaño, porque además los recursos son limitados.

De ahí las propuestas de organización de los sectores productivos y de la comercialización, de la ordenación de los cultivos, de las áreas de defensa sanitaria... El Sector agrario ha entrado en una época de grandes cambios. En este momento los aumentos de productividad se están buscando por el camino de la organización del Sector y de la participación y la responsabilidad en los cambios que se requieren.

El reto es importante pues se requiere un cambio de mentalidad, que las innovaciones técnicas de los años sesenta (tractor nuevo, nuevos plaguicidas, mayor utilización de abonos, nuevas variedades...) no requieran.

Son muchas las cooperativas que se están creando al

amparo de las Uniones. Las plataformas de los diferentes sectores productivos reclaman una política de firmeza en el momento de limitar las superficies, de establecer precios diferenciales según calidades, eliminar el fraude en las zonas de Denominación de Origen, y en la calidad.

La prevista entrada a la CEE ha sido motivo para intentar adecuar los distintos sectores productivos y darles una mínima racionalidad.

Asimismo, la descentralización autonómica ha significado un reto para modernizar nuestra sociedad agraria.

Las Uniones han encontrado en los gobiernos autónomos unos interlocutores, que por su proximidad han sabido imprimir a la política agraria un buen ritmo en esta carrera hacia la racionalidad. Dentro de unos años, con la suficiente perspectiva, podremos darnos cuenta del importante cambio en la Administración del país que ha significado la instauración del Estado de las Autonomías.

Los proyectos de los partidos políticos son más amplios y globales que los de los sindicatos. Estos, ya lo hemos dicho, son muchísimos más concretos y específicos. De ahí que los sindicatos suelen tener mucha prisa y, en su impaciencia, no acostumbran a entender los argumentos de los políticos, acerca de la lentitud a que obligan las circunstancias políticas.

El problema de la captación de afiliados está estrechamente relacionado con el de los servicios que ofrece la organización a los agricultores. ¿Qué opinas sobre este tema?

Las Uniones no se han organizado como sindicato de servicios, como función principal. En cambio sus servicios están alcanzando cada vez índices más importantes.

A partir del análisis de la contabilidad de las Uniones; que es el mejor modo de conocer sus prioridades, nos encontramos con que los mayores presupuestos van a parar a los servicios.

El mayor movimiento de dinero es producido principalmente por los medios de información periódica. El agricultor lee muy poco y la información especializada es muy importante para un profesional de la agricultura. El costo suele ser sufragado por la publicidad y no a título de «impuesto revolucionario», al menos en el caso de las Uniones. También los seguros alcanzan un monto importante, tanto el de producciones, como el de la maquinaria, o los personales, por medio de mutualidades. El gran número de afiliados permite unas primas más bajas.

Un servicio que está adquiriendo mucha importancia, a partir de los últimos «peinados», es la fiscalidad. Los gestores a menudo se ven impotentes ante la problemática agraria por lo que las Uniones han ido abarcando también esta función. Hoy día, en el seno de las Uniones se encuentran los mejores abogados especializados sobre el tema. De hecho, esta cuestión ha sido la causa de una nueva ola de afiliación. Hacienda, pues, ha participado en ayudar a engrosar las filas de las Uniones.

En las amplias áreas agrarias próximas a las zonas urbanas, la defensa contra las expropiaciones fue uno de los primeros servicios que debieron crearse en los orígenes de las Uniones, y que mayor rentabilidad sindical han producido. Con la crisis económica se ha reducido también el número de obras públicas de gran extensión, como autopistas, oleoductos, gasoductos, acueductos, polígonos industriales, aeropuertos, cementerios, basureros... sobre suelo agrícola. También la participación en los planes de ordenación del suelo municipal, ha permitido racionalizarlos y plantear en ellos los problemas específicos del suelo agrario.

En este apartado debe incluirse la defensa de aparceros, expulsados por los propietarios urbanos ante las perspectivas de especulación del suelo.

Existen también un sinnúmero de otros servicios, como el control contra el fraude a base de levantar actas y utilizar los mecanismos de denuncia legislados, la información y la tramitación de créditos, los acuerdos con em-

presas de suministro de medios de producción para conseguir precios especiales...

De hecho, en cuanto a servicios, las Uniones han debido desarrollar los que no existían en cada zona, procurando no doblar los ya existentes, y frente a los que no se podía ofrecer un servicio de mejor calidad o más barato como los que dan los Servicios Oficiales, las Cajas de Ahorro, o alguna empresa privada.

No se citan las innumerables cooperativas creadas desde las Uniones que, en todo momento, han querido diferenciar el aspecto sindical y el económico, sin mezclarlos en ningún momento.

Por ello, el aspecto de formación sindical, social y económica sobre política agrícola ha sido básico. Sólo las Uniones podían tratar una serie de temas como ellas. El paso a la racionalidad empresarial, ha requerido un sinnúmero de conferencias en los pueblos del país, explicando los mecanismos del funcionamiento de la economía agrícola. Es un servicio de formación de empresarios que ha debido realizar el sindicato, para formar a los cuadros en los distintos niveles.

Un último y gran grupo de servicios de las Uniones, el propio de una Organización Profesional Agraria, ha sido el desarrollo de los sectores de producción y el debate sobre las distintas alternativas a ofrecer ante las distintas disyuntivas productivas según la coyuntura. Ello ha implicado dotarse de una estructuras participativas en cada grupo de producción, en las que se han ido debatiendo las distintas plataformas por grupos productivos.

La organización por sectores de producción, ha forzado a un diálogo permanente con los distintos niveles de la Administración en múltiples reuniones, para la puesta en marcha y el seguimiento de los acuerdos concertados.

Mientras algunos sindicatos suelen llevar a los mismos técnicos a las distintas mesas sectoriales, en un alarde de multidimensionalidad, las Uniones, tanto a nivel autonómico como central presentan los representantes sectoria-

les siempre distintos, y verdaderos especialistas en cada tema.

Las alternativas se discuten en las asambleas específicas. (Las asambleas sectoriales atraen mucho más a los afiliados que las de política general). Con ello se ha logrado dotar a los afiliados de un lenguaje profesional y unas directrices que están produciendo un importante cambio en la visión de futuro en las explotaciones familiares agrarias. La economía de cada sector de producción es cada vez más compleja, y las Uniones han logrado que los agricultores la hayan ido penetrando en toda su diversidad. De ahí que, las alternativas profesionales presentadas por las Uniones, acostumbren a ser acogidas con expectación por los gobiernos correspondientes.

Para terminar, ¿cómo sintetizarías el modelo organizativo representado por las Uniones?

Nos encontramos con unas organizaciones, fruto de los tiempos, que no tienen ningún antecedente directo en nuestra historia.

Para actuar como grupo de presión en defensa de sus intereses, los agricultores de la explotación familiar agraria han debido dotarse de organizaciones profesionales adecuadas para conseguir sus objetivos.

Las Uniones, sindicato-movimiento, han establecido como finalidad la transformación de la sociedad agraria, llevando los factores de modernización y de democratización hasta los puntos más recónditos de nuestro mundo rural. No jugar la carta de las Uniones puede representar pues un tremendo error para nuestros gobernantes. Fuertemente autonomistas (y no tan sólo en las nacionalidades históricas), las Uniones no han querido formar una Confederación, por lo que se han organizado en Coordinadora. Han estado jugando la carta autonómica desde el primer día, respaldando a los jóvenes gobiernos autónomos. De hecho han significado un interlocutor privilegiado de ellos en todo momento, y más aún cuando se han acelerado los

traspasos en materia agrícola a las Comunidades Autónomas.

Con una ideología muy amplia, propia de un sindicato, se puede calificar las Uniones como «progresistas». Deben pues descartarse posiciones propias de una «derecha profunda» entre los afiliados a las Uniones. De este modo las Uniones han logrado que el importante segmento de la sociedad que cubren, no haya caído en posiciones reaccionarias y corporativistas. Este movimiento ha significado una importante escuela de formación de líderes rurales que han ido a parar en muchos casos a cooperativas, ayuntamientos, parlamentos, Senado... Paulatinamente las Uniones han conseguido ser reconocidas por el importante segmento de agricultores que representan y han entrado en este nuevo vocabulario técnico-económico propio de la concertación, el diálogo o la negociación.

Las Uniones son profundamente profesionales en el sentido más técnico y empresarial del tema, y participan de lleno en este cambio económico y social que se está produciendo en el campo español, a partir del florecimiento de múltiples organizaciones especializadas.

Con las Uniones, los agricultores y ganaderos, cultivadores y productores directos, disponen de unas organizaciones creadas por ellos mismos, sin intervención de agentes externos al sector, que actúan como grupo de presión, en defensa de los intereses específicos de la explotación familiar agraria.

